

JAN 25 1946

Las relaciones con el Congreso

Según las noticias que llegan de Washington prosperan favorablemente las buenas relaciones que fueron a establecer en el Congreso de Estados Unidos los líderes puertorriqueños que hablan a nombre del Gobierno de Puerto Rico. Los señores Muñoz Marín, Piñero y Fernós han estado en constante actividad haciendo contactos, visitando líderes congresionales y discutiendo con ellos los problemas vitales de nuestro país. Y el resultado obtenido hasta ahora promete cuajar frutos en sazón, a juzgar por la acogida cordial que han tenido los mencionados líderes en los círculos congresionales. En esto están contestes los comentaristas y los observadores.

Reseñando el agasajo que le fué ofrecido la semana pasada en la capital federal al Gobernador Piñero y al Comisionado Residente Fernós por el Consejo de Comercio Puertorriqueño, narra William Dorvillier que al acto —al que también asistía Muñoz Marín— acudieron numerosos congresistas republicanos, entre los cuales estaban Cole, Crawford, Le Fevre, Welch, Le Compte y Miller, así como los senadores Langer, Hatch y Chávez, sin contar otros que comparecieron un momento a saludar a los representantes puertorriqueños. La descripción que hace Dorvillier del acto, está dirigida a darle énfasis al ambiente de extrema cordialidad creado por los congresistas republicanos, uno de los cuales —el representante W. Sterling Cole, que estaba enfermo, y a pesar de lo cual asistió al agasajo— llevó como obsequio para el Gobernador Piñero las dos placas de bronce del Comité de Asuntos Navales de la Cámara, en las cuales figuraba su nombre junto a los demás compañeros de Comité.

A estas francas demostraciones de cordialidad que consolidan las buenas relaciones que deben prevalecer entre los hombres de Gobierno de Puerto Rico y los líderes del Congreso norteamericano —en beneficio de los dos pueblos— añade el comentarista Dorvillier la anotación de que la visita del Presidente de nuestro Senado, don Luis Muñoz Marín, a Washington, se ha caracterizado por "el cordial y simpático recibimiento que éste ha tenido de todas partes en el Partido Republicano".

Más que motivo de regocijo partidista —por lo que destruye las infantiles leyendas que se pusieron en circulación en Puerto Rico a raíz del triunfo republicano nacional, en el sentido de que sería burrada la democracia aquí— la realidad de las cordiales relaciones establecidas por los líderes puertorriqueños, es motivo de regocijo por Puerto Rico. Sin relaciones de ancha comprensión que establezcan un clima de mutuas simpatías, nuestro país seguirá caminando con sus problemas cuesta abajo, en el plano raso en que se hundieron tantos años inútiles de molición. Sin relaciones de mutua cordialidad, en el plano que pueda discutirse el interés de nuestros pueblos, Puerto Rico continuaría irremediablemente arrinconado en su indefensión. Por tanto, nada puede regocijar más a los que esperan y desean la más rápida solución de los problemas de la Isla, que el establecimiento de relaciones cordiales y creadoras entre los hombres de nuestro Gobierno y los líderes del Congreso norteamericano.

La experiencia no es otra cosa —lo mismo en el plano individual que en el de los pueblos— que la sabiduría que es capaz de acumular el hombre, al estudiar —para corregirlos y perfeccionarlos— los hechos que le ocurrieron en el pasado. Y en medio siglo de indiferencia e incomprensión, sin que el desconocimiento —tanto de Puerto Rico como de Estados Unidos— nos haya permitido adelantar gran cosa en el camino de nuestra propia madurez de pueblo, ¿no es llegada la hora de que nuestros líderes, a la luz de la experiencia, corrijan y perfeccionen el acercamiento que debe plasmar la vida de relación en que se logran todos los entendidos? La sensatez nos dice que los representantes que están hablando en Washington a nombre de nuestro Gobierno, hablan y actúan de pie sobre el medio siglo de horra convivencia con el pueblo norteamericano. En ellos habla la madurez. En ellos habla la experiencia.

Simultáneamente con estos logros que avivan la esperanza de Puerto Rico y reaniman su fe en la justicia democrática y libertaria de la gran República del Norte, nos llegan noticias de que dos delegados de la nutrida comisión que destacará la Unión Republicana en Washington, están ya en aquella capital dispuestos a acercarse al Congreso para plantear querellas partidistas, cuyo fallo le corresponde al electorado de nuestro país, sosteniendo o quitando de la cosa pública al Partido que causa sus desvelos.

En pocas palabras, una nube hinchada de temeridades inconformes, se ha propuesto nublar con su amenaza —quizá con ánimo de oscurecerlas— las relaciones cordiales establecidas por los gobernantes puertorriqueños con el Congreso en cuyas manos está la suerte de nuestro país. ¿A quién le aprovecha semejante niñada? A la Unión Republicana no le aprovecha. A Puerto Rico no le apro-

nos? ¿Qué remedios, útiles para licitar? ¿Qué causa altruista, f la Isla, van a defender? Ni lo

FIORETE

dieron numerosos congresistas republicanos, entre los cuales estaban Cole, Crawford, Le Fevre, Welch, Le Compte y Miller, así como los senadores Langer, Hatch y Chávez, sin contar otros que comparecieron un momento a saludar a los representantes puertorriqueños. La descripción que hace Dorvillier del acto, está dirigida a darle énfasis al ambiente de extrema cordialidad creado por los congresistas republicanos, uno de los cuales —el representante W. Sterling Cole, que estaba enfermo, y a pesar de lo cual asistió al agasajo— llevó como obsequio para el Gobernador Piñero las dos placas de bronce del Comité de Asuntos Navales de la Cámara, en las cuales figuraba su nombre junto a los demás compañeros de Comité.

A estas francas demostraciones de cordialidad que consolidan las buenas relaciones que deben prevalecer entre los hombres de Gobierno de Puerto Rico y los líderes del Congreso norteamericano —en beneficio de los dos pueblos— añade el comentarista Dorvillier la anotación de que la visita del Presidente de nuestro Senado, don Luis Muñoz Marín, a Washington, se ha caracterizado por "el cordial y simpático recibimiento que éste ha tenido de todas partes en el Partido Republicano".

Más que motivo de regocijo partidista —por lo que destruye las infantiles leyendas que se pusieron en circulación en Puerto Rico a raíz del triunfo republicano nacional, en el sentido de que sería burlada la democracia aquí— la realidad de las cordiales relaciones establecidas por los líderes puertorriqueños, es motivo de regocijo por Puerto Rico. Sin relaciones de ancha comprensión que establezcan un clima de mutuas simpatías, nuestro país seguirá caminando con sus problemas cuesta abajo, en el plano raso en que se hundieron tantos años inútiles de molicie. Sin relaciones de mutua cordialidad, en el plano que pueda discutirse el interés de nuestros pueblos, Puerto Rico continuaría irremediamente arrinconado en su indefensión. Por tanto, nada puede regocijar más a los que esperan y desean la más rápida solución de los problemas de la Isla, que el establecimiento de relaciones cordiales y creadoras entre los hombres de nuestro Gobierno y los líderes del Congreso norteamericano.

La experiencia no es otra cosa —lo mismo en el plano individual que en el de los pueblos— que la sabiduría que es capaz de acumular el hombre, al estudiar —para corregirlos y perfeccionarlos— los hechos que le ocurrieron en el pasado. Y en medio siglo de indiferencia e incompreensión, sin que el desconocimiento —tanto de Puerto Rico como de Estados Unidos— nos haya permitido adelantar gran cosa en el camino de nuestra propia madurez de pueblo, ¿no es llegada la hora de que nuestros líderes, a la luz de la experiencia, corrijan y perfeccionen el acercamiento que debe plasmar la vida de relación en que se logran todos los entendidos? La sensatez nos dice que los representantes que están hablando en Washington a nombre de nuestro Gobierno, hablan y actúan de pie sobre el medio siglo de horra convivencia con el pueblo norteamericano. En ellos habla la madurez. En ellos habla la experiencia.

Simultáneamente con estos logros que avivan la esperanza de Puerto Rico y reaniman su fe en la justicia democrática y libertaria de la gran República del Norte, nos llegan noticias de que dos delegados de la nutrida comisión que destacará la Unión Republicana en Washington, están ya en aquella capital dispuestos a acercarse al Congreso para plantear querellas partidistas, cuyo fallo le corresponde al electorado de nuestro país, sosteniendo o quitando de la cosa pública al Partido que causa sus desvelos.

En pocas palabras, una nube hinchada de temeridades inconformes, se ha propuesto nublar con su amenaza —quizá con ánimo de oscurecerlas— las relaciones cordiales establecidas por los gobernantes puertorriqueños con el Congreso en cuyas manos está la suerte de nuestro país. ¿A quién le aprovecha semejante niñada? A la Unión Republicana no le aprovecha. A Puerto Rico no le aprovecha tampoco. Palo tan de ciego no puede sorprender a ningún congresista que haya tenido la oportunidad de escuchar la voz sosegada y seria de los hombres que, sencillamente, plantearon los problemas de nuestro pueblo y demandaron justicia para Puerto Rico.

Lo deplorable de este triste espectáculo está en el propio espectáculo, por lo que tiene de incomprensible inhibición en lo que respecta a las necesidades perentorias de Puerto Rico y a los problemas que agobian a su comunidad, aplastada y arrinconada por el más craso y negativo de los pugilatos partidistas. ¿Qué programa de Gobierno van a plantearle al Congreso los delegados unionrepublica-

nos? ¿Qué remedios, útiles para la familia puertorriqueña, van a solicitar? ¿Qué causa altruista, favorable a los intereses colectivos de la Isla, van a defender? Ni los delegados que están en Washington, ni la comisión en pleno, ni siquiera los mentores autorizados de esa colectividad se han referido a esta clase de ejecutorias. Lo que han anunciado es que solicitarán del Congreso que haga una investigación de la administración de Tugwell, y que demandarán que no se confirme a Mariano Villaronga en su cargo de Comisionado de Instrucción.

Después de empeño tan corto, es presumible que se afiancen más —en provecho de los dos pueblos— las relaciones cordiales, entabladas entre nuestros líderes y los líderes del Congreso, porque ambos —los de aquí y los de allá— quieren dedicar su victoria a la justicia.